

**Philip Potdevin**

**Las murallas  
del mundo inmenso**

Ediciones Opus Magnum

2025

LA ENTRADA APRESURADA del forastero, porque era innegable que se trataba de un desconocido —veinte años llevo al frente de La Mallorquina y buena parte de una vida en San Diego—, coincidió con el desfile de un modesto circo que pasaba por nuestra calle, frente a la plaza y la basílica y que nadie sabe cómo, y ante las circunstancias del momento, había obtenido el permiso para dar funciones al aire libre. Los altavoces pregonaban el espectáculo con saltimbanquis para llamar la atención de los niños; la troupe de payasos conseguía lo contrario: hacerlos huir o llorar o gritar ante sus desatinadas ocurrencias. Pensé que el hombre, sorprendido, casi sepultado en la acera por la avalancha que le cayó encima había buscado refugio para esquivar la algarabía y la música estridente de la parada, y que saldría de manera tan abrupta como cuando entró sin siquiera tener el decoro de ordenar un panecillo para engullirlo de pie, aguardando, masticándolo lentamente dos o tres minutos y así dar tiempo a que el alboroto se alejase y poder seguir su camino entre las calles encharcadas por la lluvia tempranera que jamás falta aquí. El desfile avanzaba su paso cuando la puerta volvió a abrirse y se precipitó uno de los payasos y tras un grito desgarrador lanzó, con aflautada voz, la arenga para invitar a las funciones que iniciaban al día siguiente. Ya esperábamos que el bufón se reintegrara al desfile cuando vimos sus ojos saltones examinar a los clientes hasta encontrar el blanco perfecto: corrió a una mesa y estampó un bombástico y baboso beso en la frente del inofensivo señorito Blum, que permanecía impávido, absorto, tras sus gruesos lentes casi adosados a la pantalla de su celular y aislado de la ensordecedora confusión. Todos reímos, me incluyo no sin cierta vergüenza, al reparar que sobre la frente del cándido Blum había quedado la inmunda huella encarnada de los labios del hombre vestido de payaso. Vi al forastero mirar con asco, respirar profundo, espantar una mosca que revoloteaba frente a su rostro y desviar la mirada hacia la nada. Hizo el ademán de huir, le hubiese bastado dar cuatro o cinco pasos y una fracción de segundo para decidirse, pero ya el clown estaba afuera, dando brincos y gritos, golpeándose el trasero con la mano ante el terror de las criaturas aferradas de la mano de sus padres. Para alivio de los que estábamos adentro se esfumó entre sus

compinches del desfile. Con certeza, el forastero se sentía más a salvo adentro que afuera.

Quiero no tener que admitir que lo primero que llamó mi atención, desde el otro lado del mostrador y frente a la caja registradora, fue su rostro fraguado en un molde demasiado familiar y a la vez lejano, extraño, la cabeza algo inclinada sobre el hombro izquierdo, la mirada gacha bañada de displicencia y desencanto, más que nada, de tedio vital como un eco de lo que se vivía, desde siempre, en La Mallorquina. Llevaba la barba de una semana o más y el remoto disgusto del veterano de mil enfrentamientos ineficaces, de ser habitante de la impotencia y damnificado de la desidia, a la vez, es curioso, usufructuario de la serena certeza de quien sabe que la fruta madura cae sin sacudir el árbol. Me hubiera bastado con explorar sus ojos claros, iguales a los míos, al momento en que se animó a acercarse a la caja y ordenar con voz ahogada, carraspeando, medio afónico, titubeante, casi disculpándose, un café negro y un cruasán —sin percatarse o quizá, a pesar de ello, de que Albita atendía las mesas—, para darme cuenta del impreciso vestigio sobre el que estaba creado como si el molde del que había salido hubiera sufrido el desgaste de demasiadas generaciones pero no tanto como para perder lo inequívoco de un destino que se rebela al azar. Todo lo que ha dejado huella es como una pequeña herida que persiste y sigue presente. Me di cuenta de su silenciosa vocación mesiánica, de su secreta sapiencia de sabio ignorado, de su fatua faz de chamán defenestrado, de su hechura de hechicero antihéroe de la presencia, de su andadura de mago alquimista perito en elixires de transformación de la materia, de su raigambre primitiva enraizada en poderes extraordinarios aborrecidos por la Ilustración, la ciencia y sus sucedáneos. En una palabra, era como ver un Cristo fantástico o mejor aún, para ser más preciso, un Anticristo redivivo, un hombre necesario para la redención, la reparación y la restitución; un hombre-puente hacia una última justicia social; también el pregón de una preliminar emancipación personal, la de cada cual, según su gusto y necesidad.

Quisiera no recordar lo que más tarde me sobresaltó: la suavidad de una mano como sin huesos al saludar, una repugnante sensación de agarrar un pez recién sacado del agua; quisiera haber prescindido de la formalidad del saludo para no tener que

conservar esa impronta en mi memoria pasada por agua, pues, al igual que en San Diego donde nunca deja de llover, en mí llueve por dentro desde siempre. Ese silencio que mana del sonido de la lluvia que veo caer al otro lado en la calle, más allá de las vidrieras de La Mallorquina, se extiende en una cenicienta monotonía que envuelve todo. Aun así, insisto que su rostro tenía un aire familiar solo permitido a los extraños; una cara siempre evoca un nombre, un cierto tono de voz, un estilo, una historia, sin embargo, en este caso, supe que jamás había visto a este hombre y eso me desconcertó más.

Después de pagar con un billete estrujado como un mazacote, que debí alisar y alzar a contraluz para verificar su autenticidad —lo cual me permitió ver al fondo, más allá de las altas vidrieras de la Mallorquina, el inmenso rosetón de encendidos vitrales de la torre principal de la basílica menor—, me dio la espalda y lo vi otear el salón sin quitarse el sombrero mosquetero, igual al que se usa aquí los domingos o en los funerales, hasta encontrar una mesa, la más distante del televisor gigante que yo acababa de instalar para atraer a clientes que deseaban seguir los partidos al otro lado del mundo y para lo cual tuve que descolgar una amarillenta litografía de Tiziano, casi borrada por el paso del tiempo, de Diana y Acteón. Comprobé que se decidió finalmente por un lugar fuera del ángulo del aparato que en ese momento pasaba las últimas noticias nacionales. De manera accidental, quiero pensar que no hubo intención alguna, quedó sentado frente al Blum que, al parecer, seguía ajeno al oprobio sobre su frente. El Blum permanecía allí, envejeciendo, a pesar de su corta edad, menguando semana a semana, mes a mes, sumergido en el azuloso brillo del cristal creyendo estar más conectado con el mundo que nadie en San Diego, cuando en realidad era todo lo contrario. No miro por nada: me gusta ver a las personas siendo.

El forastero aguardó a que Albita llevara el cruasán y el café que preparo con esmero en La Pavoni y, mientras tanto espíe que extrajo de debajo de la ruana, con gesto casi subversivo, un libro pequeño y grueso, de tapa vieja y manoseada, para en seguida hundir los ojos en él. Algo no cuadraba en el hombre: su ruana no se veía demasiado sucia y tampoco demasiado usada, por ello alcancé a pensar que se trataba de un impostor, de un peligroso sujeto que venía con una misión determinada y, al mismo tiempo, era cierto que exudaba una serena entereza bajo la imperturbabilidad del

sombrero recortado sobre su frente, de sus manos suaves sosteniendo el libro, de los codos aposentados sobre la mesa. Permaneció así, al igual que Blum, desconectado de lo que ocurría en su entorno como si de la lectura dependiera la paz del mundo. Sentí algo como un escalofrío de solo verlo.

El noticiero daba cuenta del estallido social que, a pesar de las advertencias de recrudecer la delicada situación de salubridad pública, había prendido como zarza bíblica y se regaba desde las grandes ciudades hasta la última vereda. En menos de veinticuatro horas las protestas se multiplicaron, algunas carreteras amanecieron bloqueadas por los camioneros, las escuelas se vaciaron al entrar en paro los maestros, los hospitales atendían únicamente emergencias y la mayoría de los pequeños comerciantes no se decidían a abrir las persianas metálicas de sus locales. Una nación detenida en seco. En lo más profundo de mí sentí una incipiente aquiescencia, un lento murmullo casi inaudible en algún lugar imposible de ubicar, era como si lo que veía en la pantalla tenía algo que ver conmigo, difuso, etéreo, un remoto pasado del que no quería saber absolutamente nada. San Diego, sin embargo, por lo pronto estaba a salvo del contagio masivo y, para tranquilidad de muchos, del malestar social. Con todo, era difícil predecir dónde y a qué hora, más allá de los rostros embozados y las miradas furtivas, del delirio infernal por la asepsia, del temor generalizado a rozar a cualquiera, a respirar el aire del otro, aparecería algo peor que la miasma del mal invisible, navegante triunfal de los aires, una nueva vociferante aglomeración que, a juicio de los más espantados, no era otra cosa que el resultado de agitadores o desadaptados o unos y otros a la vez, unos cuantos azuzando a los que marchaban pacíficamente defendiendo alguna imprecisa bandera para de esa manera desbordar las pasiones y lanzarse a la destrucción, el vandalismo y el pillaje. Nadie parecía atender, decía el noticiero, los llamados a la cordura, al cuidado y a la prevención; la multitud, cada vez más grande, se negaba a obedecer la invitación a regresar a sus casas para resguardarse de la mancha incorpórea.

Lo cierto es que algo había rebotado la copa, eso se palpaba en el aire, decía la tele, y ahora la gente, escuchando un llamado y apelando a un deseo incipiente, en construcción, salía a las calles y carreteras, al parecer dejando de lado cualquier

precaución que hasta la víspera se había convertido en profesión de fe, para bloquear el tránsito de vehículos y personas y de ese modo elevar el nivel de tirantez y la sensación de que algo se había salido de cauce. Barrios, localidades, comunas, sectores enteros de ciudades quedaron sembrados de barricadas desde donde se protestaba para exigir soluciones inmediatas a antiquísimas reclamaciones. Los enfrentamientos no escaseaban. El noticiero mostraba lo ocurrido en distintas ciudades: jóvenes atacaban estaciones de transporte, lanzaban bombas incendiarias artesanales y repelían los escuadrones de exoesqueletos negros con piedras, palos y cantos de hordas salvajes; el inexplicable retorno a un bárbaro terror primitivo y atávico. Los clientes de la Mallorquina miraban estupefactos las imágenes, algunos aprobaban los desmanes en silencio, la mayoría protestaba, alegaba, discutía y vociferaba su indignación; de mi parte, me abstenía de dar una opinión.

El forastero, como si estuviera inmerso en una cámara aislada, avanzó una página, luego otra y luego otra más en su lectura. Al parecer estaba a gusto: el sombrero ya había encontrado sitio en la mesa, la taza de café, quizá demasiado caliente, permanecía casi llena, la ruana olorosa por el aguacero temprano daba buen abrigo; yo lo veía morderse la uña gorda y sucia del pulgar derecho, lamiéndose de tanto en tanto el labio inferior con el regusto del café, alzando una ceja como reflejo acaso de una frase precisa, de una sentencia inobjetable, de un pensamiento profundo, asintiendo en silencio, ajeno al ruido y a las conversaciones del local, convencido tal vez de que la lectura, al menos aquella lectura, no podía dejar de generarle mayor satisfacción en el entorno que lo rodeaba, como si lo leído replicara, imagen a imagen, alguna suerte de apocalipsis.

A veces creo que hubiera preferido que este hombre jamás hubiese llegado a La Mallorquina a remover lo que jamás debió ser agitado, ese sarro que se domicilia en la memoria como una costra que de tanto estar allí, sin retirarse, ya no es costra sino fondo, asiento de los días, cimiento de las tardes, raíz de las noches. Estoy convencido de que es posible hacer ablación del pasado, mutilar los recuerdos, ahogar la memoria. Basta con proponérselo. Lo he logrado, así sienta que soy tierra sin agua, árbol sin hojas, mar sin viento, noche sin luna ni estrellas; peor aún, me veo como fragmentos inconexos

de algo maravilloso que alguna vez estuvo unido y proyectaba un destello estético y deslumbrante. Y, con todo, intuyo, nuestra realidad más íntima siempre está fuera de nosotros. Hay acontecimientos, coincidencias, culpas, pavores, personas que es mejor no resucitar pues cualquier intento de despertar su sueño profundo, como de guerrera volsunga condenada a dormir la eternidad rodeada de un anillo de fuego, es una provocación para abrir lesiones cicatrizadas hace años. A riesgo de contradecirme, ¿para qué galas, si no las ha de romper el tacto con generosa ambición? ¿Para qué las dulces frutas, si no sirve su sazón de dar al gusto manjares de un sabor y otro sabor?

Resuena en mí la ironía de ser visitado intempestivamente, en medio de la más profunda soledad, en la vigilia o en el sueño, por un demonio que de buenas a primeras te abofetea y te dicta la sentencia: “esta vida, tal como la vives ahora y como la has vivido, deberás vivirla ahora y como la has vivido, deberás vivirla una e innumerables veces más; y no habrá nada nuevo en ella, sino que habrán de volver a ti cada dolor y cada placer, cada pensamiento y cada gemido, todo lo que hay en la vida de inefablemente pequeño y de grande, todo el mismo orden e idéntica sucesión, al eterno reloj de arena de la existencia se le dé vuelta una y otra vez, y a ti con él, ¡grano del polvo del polvo!” ¿Qué peor horror que esto? Así, hay impresiones demasiado fuertes, verdades devastadoras, comprobaciones punzantes, acciones vergonzosas que deben ser amputadas, desenraizadas de tal manera que jamás vuelvan a brotar en la memoria. Uno llega a creer —qué falso es usar el hipócrita pronombre indeterminado—, que esto es posible, pero la santa memoria es más traicionera que la suave brisa del olvido. La existencia se ofrece llena de ritos de heridas, de sinos que se heredan y transmiten fatídicamente o estremecida de agudos cauterios de luces blancas que anuncian nuevas y obstinadas iteraciones; recurrimos al olvido como a una dulce fragancia que enmascara la intolerable fetidez de los focos memoriosos.

Por alguna razón que no logro vislumbrar, el día que apareció el forastero amanecí con la cabeza indigesta de mi pasado, de mi olvido epidérmico y de una imagen obsesiva que se negaba a abandonarme, un rostro sin facciones, un perfume frutal, una luz de luna llena y baja. Es imprevisible, catastrófico, intolerable cuando se comprueba que la memoria —o su espejo, su hermana, el olvido—, en realidad es acechante y

traidora, en el mejor de los casos apenas adormecida; basta rasguñar un poco con la uña de la curiosidad para que el horror recupere su lugar, para que surja la corporeización de lo numinoso, la aparición de lo sagrado, descontado todo lo que tenemos de racionales y morales, para que lo coagulado en lo más profundo regrese a la acuosa suspensión de los más superficiales niveles de conciencia o peor aún, para que agite lo reprimido, aquello enviado al lugar que creemos inalcanzable a nosotros mismos y se vierta encima como un cubo de inmundicias arrojado al caminante desde los altos de una antigua casona.

Sin ánimo de ser crítico, ni de andar con rodeos, hay que admitir —debo admitir, corrijo— que cargamos dolores repugnantes producto del odioso juego de los dioses con las criaturas humanas o de los albures del destino con sus tropiezos y errores, conscientes o inconscientes, obra de decisiones sopesadas o de ciegos arrebatos irracionales o de embarazosos encuentros a bocajarro. Debido a ello se clausuran momentos de la vida al igual que se cierran puertas con trancas, fallebas, aldabas, pestillos y cadenas, cuando no emparedando la vieja casona en la que aspiramos dejar del otro lado, confinados para siempre, camastros oxidados, antiguos aperos, latas y botellas recubiertas de polvo, herrumbrosas herramientas de labranza, alambiques alquímicos con rezagos de antiguas destilaciones petrificadas por el tiempo, filtros, prensas, molinos, despulpadoras, gramófonos y radiolas inservibles, pero mucho más que objetos y utensilios, nombres, presencias, consanguinidades, recuerdos, vestigios de personas que hemos desterrado al ansiado olvido; en fin, toda una serie objetiva y subjetiva que nadie quiere remover ni mucho menos resucitar, y lo mejor es condenarla a una tumba sin lápida que jamás debe abrirse sino cientos o miles de años más tarde por arqueólogos que hacen de lo inservible de una época un tesoro codiciado en la suya. Sin embargo, ¿acaso no es la aspiración última, la del desespero ilustrado, la del absurdo comprendido, el emparedarse uno mismo? De nuevo el pronombre indeterminado. Nada más doloroso que abrir una puerta clausurada. Nada más malsano que aspirar aquel aire espeso nutrido de vapores y vahos detenidos en el tiempo que solo ha servido para propiciar un formidable cultivo de bacterias, hongos y silenciosas



enfermedades, aunque también de recuerdos, culpas y bochornos que saltan para vengar su encierro como la maldición de una tumba faraónica profanada.

Todo esto, que lucho por escribir de la manera menos confusa posible, fue lo que me indigestó desde el amanecer, intempestivamente, el mismo día que apareció el forastero en La Mallorquina; esa idea obsesiva como de wagneriano leitmotiv sinfónico, de descorrer, como Acteón, la ramada de un recodo del bosque y encontrar allí, en el estanque, la escena más inesperada e inimaginable.

Logré enmascarar mi infancia, la adolescencia, los equívocos primeros veinte años. Una etapa para olvidar. Me crié desde los cuatro años, creo, en casa de la madrina, una mallorquina exiliada de la Guerra Civil española que sufrió los horrores del conflicto, entre otros, una familia dividida. Dos hermanos suyos nacionalistas perecieron en el hundimiento del crucero Baleares y a su esposo lo fusilaron tras el fracaso del desembarco republicano en Mallorca. Con solo veintitrés años debió abandonar la isla y marchar a Barcelona y tras la caída de la ciudad, escapó a Francia y de allí pasó a América. Ante el abandono inexplicable de mis padres estuve cuidado y protegido por ella. Supongo, entre varias hipótesis, que en mi casa materna no había cómo alimentar una boca más y por eso fui a dar donde la madrina.

En fin, nada de eso importa ya. Descarté toda curiosidad de saber sobre ellos, y si lo intuí, también lo extirpé de la memoria. Si algo cuidó la madrina fue de darme una crianza más o menos normal, lo que esto pueda significar. Más allá de eso, tuvo el buen juicio de mantener el secreto. De ella aprendí la lectura, la escritura, el amor hoy casi olvidado por los libros, la pasión por la historia y el arte, la sed por el conocimiento. Cuando le hice la promesa, aún de niño, que algún día tendría una panadería y la nombraría en honor a ella y su lejana isla, imaginada y fantaseada por mí, respondió, con su grueso acento de quien ha aprendido el español como segunda lengua —el mallorquín era lo que se hablaba entre los isleños— que yo llevaba el oficio en mis venas; vi una sombra cubrir su cara y pasó a explicarme aquello que su antiquísima familia jamás había olvidado, una infamia perpetuada como un estigma, generación tras generación, quizá por lo atroz de los hechos. En una infausta mañana de octubre de 1492, en su bella ciudad, la Inquisición, mediante un auto de fe había quemado frente a

la catedral, aun sin terminar, aunque bastante avanzada, con su estilo gótico levantino y su enorme rosetón, orgullosa de ser la única al lado del mar, a cuarenta desgraciados acusados de prácticas profanas, supercherías y conductas innobles, entre ellos a un tal Jaume Segura, cristiano nuevo, el panadero más reconocido de Palma, delatado por su hermana por pecados impensables e imperdonables, y de quien yo, con certeza, era uno de sus descendientes, pues un hermano menor suyo, ya lavado el linaje sefardí con el elegante nombre de don Diego de Segura, años después apareció por estas tierras y fundó, el día de su santo esta villa de Sandiego, con la ayuda de los franciscanos y bajo licencia del Adelantado.

Lo cierto es que nunca he husmeado archivos, baúles, álbumes para indagar mis orígenes ni los encuentros y desencuentros de los linajes, solo conservo jirones de infancia, harapos de adolescencia y andrajos de mocedad. Alguna aversión me ha quedado como la de no dejarme iluminar de la luna redonda y baja que me quema como a un poseso; no lo puedo soportar, ni tampoco el descorrer una cortina sin saber a quién puedo encontrar del otro lado. Por ello quizá, entre muchas razones, evito salir de La Mallorquina. El resto ha desaparecido del mundo visible, de lo palpable, a punta de pensamientos impregnados de lejía, vinagre y agua hirviente como quien aspira a desvanecer una horrible mancha de una bata blanca. No sé qué sería sanar porque simplemente no pienso en ello o al menos, no hasta cuando llegó el forastero.